

Capítulo 2

Los alemanes comunican oficialmente a los rusos la muerte de Hitler (1).

A las tres y cincuenta y cinco minutos de la mañana del 1 de mayo de 1945 se presentaron en el edificio, que servía de cuartel del Estado Mayor del general Chuikov en Tempelhof, el general Hans Krebs, el coronel Theodor von Dufwing, del estado mayor del general Weidling, un oficial más joven y un intérprete. En cuanto estuvieron ante el general Chuikov, el general dijo sin más preámbulos:

—Soy Hans Krebs, general del ejército alemán. Deseo comunicarle un gran secreto: usted es el primer extranjero al que se le comunica que Hitler se suicidó el 30 de abril (2).

El general Chuikov, que no sabía nada, mintió:

—Ya lo sabemos.

El general alemán se llevó la mano derecha al monóculo como si, con gesto mecánico, tratara de sujetar el cristal antes de que se le pudiera caer. Fue un instante de desconcierto. ¿Cómo podía saberlo? Pensó si el coronel von Dufwing, que había ido antes, habría dicho algo. Lo miró apenas un instante, a través del vidrio graduado, pero no recibió ninguna indicación de asentimiento (3). Dufwing había salido del búnker a las siete y media de la tarde y había regresado a las once de la noche sin que consiguiera ser recibido por Chuikov, porque no tenía graduación suficiente para poder entrevistarse con él. Volvía ahora acompañando al general Krebs, que sí tenía la categoría requerida y, además, hablaba ruso. Llevaba las credenciales de Goebbels y Bormann, para que en su nombre negociara un posible alto el fuego. Dufwing no había movido un solo músculo, así que Krebs no le dio una sola vuelta más a cómo podían conocer los rusos el suicidio de Hitler y retomó el discurso, cogiendo con la mano derecha varios documentos.

—De acuerdo con el testamento del Führer, el Presidente de Alemania es el Gran Almirante Karl Dönitz, que no está aquí en Berlín. Quien sí está es el doctor Goebbels, que es el Canciller del nuevo gobierno y él, junto con el ministro Martin Bormann, me ha encargado que venga a negociar con ustedes un alto el fuego

para nuestros pueblos. Aquí traigo una declaración del doctor Goebbels. Los nuestros son los pueblos que más pérdidas han tenido con esta guerra...

Krebs tiende al general Chuikov el documento de Goebbels. El ruso le pregunta:

—¿De qué se trata en este documento? ¿Solo de Berlín o de toda Alemania?

—Tengo plenos poderes de Goebbels. Represento a todo el ejército alemán y puedo hablar en su nombre.

El general Chuikov hizo un gesto de pausa con la mano.

—Informaré al mariscal Zhúkov.

Pide que le pongan con Zhúkov. Entretanto, Krebs proseguía:

—Mientras negociamos, la artillería cesará el fuego... ¿no? (4)

Debía estar esperando, porque, pese a la hora, se puso inmediatamente al teléfono. Krebs oyó cómo le transmitía el mensaje: Sí. Confirma que Hitler se ha suicidado. Sí, ha venido el general de infantería Krebs. Tiene plenos poderes para negociar con nosotros un armisticio. De acuerdo con el testamento de Hitler, el poder recae en manos del gran almirante Dönitz, Goebbels y Bormann. Le ruego que informe al camarada Stalin. Propone un alto el fuego durante las negociaciones... Sí, se lo preguntaré.

Volviéndose hacia Krebs, retira un poco el teléfono.

—¿Cuándo se suicidó Hitler?

—Hoy, —pero corrige en seguida— perdón, ayer a las 15:30.

De nuevo, acerca el aparato.

—Ayer a las 15:30.

El general Krebs oye al general Chuikov cómo habla con el mariscal Zhúkov. Le insiste en que ellos son los primeros a quienes han comunicado la muerte de Hitler y su testamento; en que tiene plenos poderes de Goebbels, para negociar un armisticio con la URSS y que hay que suspender las hostilidades, mientras duren las negociaciones; que no tiene poderes para capitular, pero sí para otras posibilidades. Krebs oye cómo Chuikov repite lo que le dice Zhúkov. Va a preguntar a Moscú, pero solo mantendrán negociaciones con Krebs si se trata de una capitulación incondicional ante la URSS, Estados Unidos e Inglaterra. Chuikov insiste en que Krebs no puede hablar de capitulación total, mientras el nuevo gobierno de Alemania no tome las riendas y controle la situación. Separa de nuevo el teléfono y se dirige a Krebs.

—¿Se rinden ahora?

—Solo puedo negociar. Pedimos un armisticio para que pueda reunirse el nuevo gobierno antes de que surja otro en el sur y se luche hasta el fin.

Krebs aludió a la posibilidad de que se organizara un gobierno de resistencia en el sur, el llamado 'reducto alpino', que prolongara la guerra. Sabía que era algo que los aliados temían, pero Chuikov le atajó, sin dejarse impresionar.

—Van a perder mucha gente inútilmente. ¿Qué sentido tiene su lucha? ¿Para qué quieren más muertos?

—Nosotros lucharemos hasta el fin.

—Nosotros queremos una rendición incondicional.

—En ese caso, nosotros no existiremos como gobierno..., — apenas se le oyó objetar a Krebs.

Chuikov descuelga otro teléfono en el que pide información. Escucha unos minutos y se dirige a Krebs.

—Sus tropas ya están capitulando.

—¿Dónde?

—Por todas partes. Nuestras tropas atacan, las suyas se rinden.

Son las cinco de la mañana del 1 de mayo. Chuikov le lee en el periódico el comunicado de Reuters sobre la negociación de Himmler y la respuesta de los aliados.

—Himmler no estaba autorizado para negociar. Él no sabe que el Führer se ha suicidado.

—¿Está seguro? ¿En Alemania no funciona la radiotelegrafía? Himmler la utilizó para negociar por separado con los aliados...

En ese momento le entregan a Chuikov una octavilla en alemán y leyó: "Hitler se encuentra en el Tiergarten". Krebs volvió a sujetarse el monóculo, mientras exclamaba.

—¡Imposible! ¡Eso es mentira! ¡No puede ser...! (5)

—Si no hubiera fuego, no habría humo —dijo Chuikov.

Y esperaron en silencio a que el mariscal Zhúkov volviera a llamar.

En cuanto el mariscal Zhúkov recibió la llamada del general Chuikov y le informó de todo, envió inmediatamente a su suplente, el general V. Sokolovski, al cuartel general de Chuikov, para exigir al general Krebs la capitulación incondicional de Alemania e, inmediatamente, telefoneó a Stalin, que estaba en el chalé. Cogió el teléfono el general Vlásik, jefe de la dirección de vigi-

lancia, quien le comunicó que el camarada Stalin acababa de acostarse.

—¡Despiértele! Es urgente. Este asunto no puede esperar.

No tardó en acudir el camarada Stalin y le informó del suicidio de Hitler, de la misión de Krebs con la propuesta de Goebbels y del envío del general V. Sokolovski, para dirigir las negociaciones. El Jefe Supremo preguntó:

—**¿DÓNDE ESTÁ EL CADÁVER DE HITLER?**

—Según comunicó el general Krebs al camarada Chuikov, el cadáver de Hitler lo han quemado en una hoguera.

—¡Nos la armó buena, ese bastardo! ¡Lástima no atraparlo vivo! Diga a Sokolovski que no negocie con Krebs ni con ningún otro hitleriano nada que no sea la rendición incondicional. Si no ocurre nada extraordinario, no telefonee hasta mañana. Quiero descansar un poco. Hoy es el desfile del Primero de Mayo (6).

Chuikov rompió el silencio.

—No se qué opinará usted, pero yo creo que no merece la pena seguir derramando sangre.

—Por eso pedimos un armisticio. No podemos capitular incondicionalmente, porque tememos que se organice otro gobierno que vaya contra las decisiones de Hitler. Himmler ha llevado demasiado lejos las negociaciones con los aliados...

—Nosotros hemos apoyado a americanos y británicos. Himmler, con sus negociaciones, ha intentado un chantaje diplomático torpe.

Esperaban una llamada telefónica de Zhúkov. La conversación era tensa. Tal vez Chuikov, al preguntarle por Guderian, trató de distenderla, pero cuando le contestó que llevaba mes y medio enfermo y que él lo había sustituido, no insistió más. Krebs no le contó que la enfermedad había sido la excusa, ya que la verdad era que habían sido los enfrentamientos con Hitler, especialmente desde la discusión sobre el frente de Küstrin. Tras otra larga pausa, Chuikov le preguntó por sus últimos destinos y, en concreto, si había intervenido en Stalingrado. Como Krebs no había estado allí, convinieron sin resabios en que había sido terrible. Krebs aprovechó para recalcar que había sido espantoso y que, desde entonces, los alemanes no habían levantado cabeza. Pese a que ambos eran de una misma edad, no había afinidades personales. Chuikov tenía rasgos fisonómicos duros, que revelaban su origen

campesino. Se mostraba seco y precavido. Krebs intentó indagar con quién estaba hablando.

—¿Fue usted comandante del ejército ruso en Stalingrado? He leído bastante sobre Stalingrado. ¿Quién es usted?

—Soy Chuikov. Fui general en jefe de uno de los ejércitos. Dígame, ¿por qué se suicidó Hitler?

—Ya se sabe. La guerra estaba perdida... Los alemanes han perdido la esperanza en la victoria. La traición de Himmler... Es un traidor que trabajaba contra el Führer. Quería dividirnos, concertando él la paz con los aliados occidentales. El Führer, antes de morir, quería concertar la paz con Rusia en primer lugar. Se enteró de esas intenciones y eso ha sido causa de su suicidio. Himmler es un traidor, que ha sido expulsado del partido. Ya veníamos sospechando, pero jamás dijo nada. Quería firmar la paz sin autorización ni conocimiento del Führer (7). Himmler va en contra de los intereses de Alemania”.

Krebs volvió a recordar a Chuikov los nombres que Hitler había escrito en su testamento para desempeñar los cargos tras su desaparición. Se mostraba convencido de que ese gobierno sería reconocido por todas las tropas, si se ponía en conocimiento del ejército antes de que apareciera otro gobierno.

—¿Tanto teme usted que se pueda constituir otro gobierno?

—Himmler, el traidor, tendrá preparado ya un gobierno. Él no sabe que el Führer ha muerto. Tampoco sabe que lo excluye en su testamento. Con un armisticio temporal, haremos público todo y se solucionará todo.

—¡Y proseguirán la guerra...!

—¡No!, gritó Krebs. ¡Negociaremos y acabaremos con ella!

—Primero acaben con ella y luego comenzaremos a negociar.

Sonó el teléfono y Chuikov resumió todo lo hablado. Krebs estaba convencido que hablaba con el mariscal Zhúkov. De repente Chuikov se volvió hacia él y le preguntó con vehemencia:

—¿Dónde está el cadáver de Hitler?

—Lo quemaron hoy..., ayer, como dejó establecido en su testamento.

Chuikov repitió al teléfono: Lo han quemado en Berlín. “La leyenda es reciente, pero cuesta trabajo creerla” (8). Reitera que el mando supremo lo ostenta el gran almirante Dönitz. Concluida la conversación telefónica, Krebs insiste en la urgencia de tomar

medidas para que no aparezca un nuevo gobierno ilegal en Alemania, a lo que Chuikov contesta tajante:

—¡No se obsesione tanto con la aparición de otro gobierno y capitulen ustedes!

El tiempo seguía pasando. De vez en cuando se habían oído disparos de artillería e, incluso, alguna explosión de katiushas. El reloj marca las seis y media de la mañana del 1 de mayo. El cansancio se va acumulando sobre los interlocutores. Envían a Zhúkov los documentos llevados por Krebs, incluida la lista de gobierno. Chuikov busca precisiones sobre con quién quieren negociar. Krebs asegura que solo con los rusos, pero el general soviético inquiere si, a través de ellos, no querrán negociar también con los demás aliados. Krebs asegura que sí, si amplían sus poderes. Chuikov, como gato que juega con el ratón antes del zarpazo, le invita a que le explique la jugada de porqué el gobierno no puede capitular sin condiciones, antes de ser reconocido por todos, siendo así que tampoco se va a reunir antes de la capitulación incondicional; que le explique por qué Goebbels no puede tomar la decisión de capitulación completa. Sí, porque Dönitz todavía no sabe nada de nada. Temen que los aliados mantengan negociaciones separadas con Himmler. No debe temer tal cosa. Con todo Krebs sigue obsesionado: es preferible tratar con el gobierno legal a con el gobierno de un traidor. Y Himmler es un traidor, que puede asesinar a los miembros del nuevo gobierno (9).

Salía el sol cuando llegó el general Sokolovski. Le informaron del suicidio de Hitler, de su testamento y de la misión de Krebs. Krebs vio los cielos abiertos cuando oyó a Sokolovski que el mariscal consideraba que lo primero era declarar traidor a Himmler para evitar que pudiera llevar a cabo sus planes. Creyó que ésa era la mejor solución. Pero, al insistir Chuikov en que convenía comunicar a Goebbels que debía capitular antes de formar gobierno, vio como Sokolovski apoyaba este planteamiento, sin tener en cuenta que la capitulación incondicional no se podía llevar a cabo sin autorización de Dönitz. Llamaron por teléfono a Zhúkov para ver cómo salían del atolladero. Sin autorización de Dönitz no había rendición total, pero Dönitz no sabía nada de todo lo ocurrido, ni siquiera que de él dependiera la viabilidad de la rendición. Se habló de ir a Mecklenburgo a buscarle, doscientos kilómetros ida y vuelta; de tender una línea para comunicar con Goebbels...

Aceptan que el coronel von Dufwing lleve una nota de Krebs a la cancillería.

Krebs sigue sosteniendo que el gobierno de Alemania debe gozar de autoridad, que la autoridad de Hitler sigue siendo grande, que los nuevos gobiernos se basarán en su autoridad. Va subiendo de tono y afirma cosas que le hacen aparecer como un fanático. Contrapone la necesidad de mantener la identidad alemana, cuando los rusos sostienen que hay que extirpar el fascismo y que el gobierno que surja, se asiente sobre cimientos nuevos. En cuanto se le pregunta por Himmler, responde que ese traidor “piensa que las tropas germanas aún pueden ser una fuerza contra el Este, porque Himmler así se lo ha dicho a los aliados”. Chuiikov le dice que continuar la lucha en Berlín es una pérdida inútil de sangre, pero Krebs responde, con la doctrina de Clausewitz, que la capitulación absoluta es una deshonra y que es mejor morir en combate. Justo lo que ha hecho Hitler al suicidarse. Por ello, el pueblo alemán le seguirá respetando. El cronista vuelve a recurrir al paréntesis irónico: “(Una lógica tragicómica)”.

Son las diez de la mañana del primero de mayo. Suena el teléfono para comunicar la respuesta del gobierno ruso: o Berlín capitula inmediatamente o a las diez y cuarto comenzarán a cañonear la ciudad. Krebs reitera que él no tiene poderes y que Goebbels no puede hacerlo sin contar con Dönitz. Sokolovski no comprende ese argumento, por más que Krebs le repita que quieren proceder con orden: formar primero el gobierno, decir que el Führer ha muerto y luego capitularán.

Comunican a Krebs que el coronel Dufwing no puede atravesar el frente. Krebs suplica, desalentado.

—¡Si les rogué que hicieran una pausa...!

—¡No disparamos nosotros! ¡Quienes disparan son ustedes, los alemanes...!

—¿Podría ir a ver a Goebbels?, ruega Krebs. Ante la mirada escéptica de Sokolovski, añade, casi en un suspiro, preñado de desaliento:

—Realmente, tanto me da ir como quedarme.

Sokolovski dice que no hay otra opción. Después de la capitulación, les facilitarán coche, avión, comunicación por radio. Krebs les pregunta qué les espera a los militares que dirijan la capitulación. Sokolovski no sabe qué resolverán los aliados. Le in-

vita a que echen una instancia a las Naciones Unidas. Ellos garantizarán... Krebs se muestra muy nervioso. El intérprete describe los incidentes sufridos, cuando trataban de tender el cable de comunicación. Los francotiradores han herido gravemente a un jefe de compañía y a un comandante, que moriría. Los alemanes no dan comunicación, seguramente porque no sabían nada. El coronel Dufwing ha alcanzado las líneas alemanas. El intérprete señala que los rusos no han disparado en todo el sector. El intérprete pide una bandera blanca y un megáfono para advertir que no hagan fuego en el trayecto que recorrerán los enviados a negociar.

Krebs confía a Chuikov y Sokolovski sus recuerdos de la fiesta del 1 de mayo de 1941 en Moscú. Había asistido al desfile desde la tribuna, a la derecha del Mausoleo. Había estado allí tres años como adjunto del agregado militar.

Al fin hay comunicación con la Cancillería. Goebbels pide el regreso del general Krebs, para que lo informe personalmente. Ambas partes escriben los acuerdos: capitulación de Berlín, entrega de armas, respetar la vida de oficiales y soldados, asistencia a los heridos, posibilidad de mantener negociaciones por radio. Las dos partes están de acuerdo. Los rusos exigen la posibilidad de comunicar a los aliados que aceptan la capitulación total, la muerte de Hitler y la traición de Himmler. Conceden a los alemanes el derecho a presentar una lista de las personas que no desean ver como prisioneros de guerra, pero no les ayudarán a formar gobierno.

Ante las dudas de Krebs, Chuikov garantiza que la lista, que pasen de residentes en Berlín, no será considerada como una lista de prisioneros de guerra. Les concede el derecho de presentar la lista de los miembros del gobierno, comunicarse con Dönitz..., pero después de la capitulación. Las Naciones Unidas decidirán qué se hace en el futuro. El mando militar no puede garantizar el futuro.

Hacia la una y cuarto de la tarde, parte hacia la Cancillería la comisión que ha ido a parlamentar con los rusos.

A esa hora, los rusos tomaban al asalto el cuartel de la Gestapo, a quinientos metros escasos de la Cancillería. Berlín iba cayendo, manzana tras manzana, en poder del Ejército Rojo.

Krebs llegó a la Cancillería del Reich a las dos de la tarde. Estaba extremadamente cansado, roto. Habían sido diez horas ago-

tadoras. Diez horas de tensión y de nervios. Era duro negociar con los rusos en aquellas condiciones. Siempre es duro para los vencidos negociar con los vencedores. Varias veces había estado al borde de sufrir ataques de ansiedad. Lo peor que hubiera podido ocurrir era dejarse llevar de los nervios.

En la Cancillería ya se había extendido el pesimismo desde la llegada de Dufwing. Efectivamente les había informado de la estéril batalla de Krebs.

En cuanto llegaron, Krebs se reunió con Goebbels, Bormann, Burgdorf, Axmann, Mohnke y Naumann. Linge* nos informa muy someramente del enfrentamiento entre un Bormann, cruel, cáustico, agresivo y desesperado, y un abatido Krebs. Bormann fue brutal, al confirmarse que, tal como había pronosticado Weidling, las esperanzas de Bormann y Goebbels eran completamente ilusorias. Pero Bormann le acusó de torpeza e ineptitud, de no tener habilidad suficiente para presentar sus demandas a los rusos. Él hubiera obtenido mejores resultados, si hubiera dispuesto de una línea telefónica. Con una simple llamada lo habría conseguido. Exigió a Mohnke que le tendiera una línea, pero Mohnke se negó con la excusa de que no iba a enviar a más hombres a una muerte innecesaria. En ese momento Bormann debió caer en la cuenta de que, sin Hitler, no era nadie.

A Bormann ni se le pasó por la cabeza que pudiera tener responsabilidad alguna, cuando, unas horas más tarde Krebs, completamente hundido, se suicidó.

¿Por qué se suicidó el general Krebs...?

—1— Este capítulo sigue el relato de V. Vishnevski* (p. 151-186).@**Ampliación de notas en Internet en p. 59.**

—2— Parece que habían informado a Stalin por radio.@

—3— Hay variaciones en las horas de salida.@

—4— Hubo un alto el fuego en toda aquella zona, aunque no resulta fácil determinar con exactitud cuándo comenzó. El general Weidling nos informa en el sexto punto en que sintetiza la declaración que Krebs hizo en cuanto él llegó y se reunieron con Goebbels y Bormann: "Durante las dos últimas horas hemos intentado ponernos en contacto con el Alto mando ruso para concertar un alto el fuego en Berlín. Si había éxito, el gobierno alemán, legalmente nombrado por Hitler, comenzaría conversaciones con Rusia. Yo iba a ser enviado como mensajero". (Vinogradov, p. 236). Por tanto, desde las cinco de la tarde del día 30 de abril Goebbels y Bormann trabajaban para lograr un alto el fuego en aquella

zona, de tal manera que cuando a las siete y media de la tarde salió del búnker el coronel Theodor von Dufwing, para intentar negociar con Chuikov, ya debía haber garantías de que el grupo negociador iba a tener seguridad de llegar a los cuarteles de Chuikov sano y salvo. El coronel Dufwing regresó al búnker a las once de la noche sin conseguir ser recibido por el general ruso, ya que no tenía rango suficiente para tratar con él. Inmediatamente se preparara la salida del general Krebs, por lo que, sin duda, tenían garantías de un alto el fuego temporal y, al menos, circunscrito a la zona de la Cancillería y el trayecto hasta la sede del cuartel general de Chuikov. Así pues, **parece claro que hubo un alto el fuego, al menos en esa zona de Berlín** (entre, más o menos la Cancillería y el aeropuerto de Tempelhof) **desde las siete y media de la tarde del 30 de abril hasta que el general Krebs regresó al búnker** hacia las dos de la tarde del día 1 de mayo. Por tanto, **hubo una pausa** —una tregua— que los rusos respetan, como Chuikov afirma en varias ocasiones en el acta levantada por V. Vishnevski, de **¡diecinueve horas seguidas!** Y total..., **para una misión que, como ya había advertido el general Weidling, no tenía ningún sentido, puesto que en varias conferencias aliadas se había acordado no negociar la paz, y menos por separado, con los alemanes.**

En su momento veremos la finalidad.

—5— No parece que se trate de un farol del general Chuikov.@

—6— Como es sabido, la mayor fiesta en todos los países de la URSS.

—7— Así que no tenía razón Trevor-Roper* que aseguraba que las reuniones de Himmler con Bernadotte **no eran secretas.**@

—8— La frase está entrecomillada en el original, pero no sabemos a qué se refiere.@

—9— La exclamación “(¡Qué espanto!)”, así, entre paréntesis parece un **comentario sarcástico** de V. Vishnevski.@